



CIENTÍFICO-LITERARIA
 AGRÍCOLA, INDUSTRIAL Y MERCANTIL

DIRECTOR,

D. Eduardo Portalés Segura

REDACTORES,

D. Enrique Segura.	D. José Fola Iguaride.
D. Cayetano Huguet.	D. Fernando Sasset.
D. Bernardino Montiel.	D. Carlos Linás.
D. Enrique Sotales.	

— AÑO V. — Castellón 29 Noviembre de 1885. — NÚM. 41. —

SUMARIO. El industrialismo, por «Gabriel Gironi.»—SECCION CIENTIFICO-LITERARIA: La libertad humana, por «Francisco de la Fuente Ruiz.»—Historia, por «M. Gimeno Laplace.»—Sobre amor, (poesía) por «M. Gimeno Laplace.»—Adios! (poesía) por «Juan Muñoz Tébar.»—El inventor de la pólvora.—La doma por medio de la electricidad, por «Ziáum.»—Cubiertas y anuncios.

EL INDUSTRIALISMO

CONVIENE al progreso industrial de España que demos aquí la voz de alerta contra un vicio infame que se propaga por todas partes, el cual produce, con sus crueles desengaños, gravísimos perjuicios al desenvolvimiento de la industria nacional.

Por una parte la ambicion desapoderada de muchos, que desean hacer una fortuna en poco tiempo, ó cuando ménos pasarlo bien sin gran esfuerzo, y por otra la falta de conciencia de algunos que explotan esta idionsincracia de la humanidad, son causa del mal que deploramos, y que es preciso combatir con toda energía como una verdadera plaga, que amenaza nuestra naciente fé en los negocios industriales.

Bajo títulos estrambóticos y fuera de sentido se anuncian todos los dias en la cuarta plana de los diarios políticos de gran circulacion el medio de conseguir fabulosas ganancias con poquísimo capital

y muy poco trabajo; los descendientes del buen Sancho Panza, que creó el inmortal Cervantes, y que doña Baldomera sacó á flote en estos últimos años, en seguida acuden al reclamo y piden las explicaciones ó prospectos á vuelta de correo, no para discutir lo que se les quiera proponer sino para aceptarlo desde luego, por esa funesta tendencia ardiente, apasionada y enérgica de nuestra raza, que delibera de antemano, y por la simple impresion del momento, los más árduos negocios de la vida, empeñando despues su orgullo en mantener su primer juicio, sobre todo cuando nos ayuda en tales resoluciones el acicate de la pícara ambicion. Así empieza la desdicha que lamentamos.

Sin pérdida de tiempo, y sin observar que el espíritu y la letra del primer reclamo, como de las instrucciones, folletos y libros que se reciben despues, no revelan, ni mucho ménos, la culta, generosa y caballeresca locura del buen D. Quijote, que con aquellas prendas no es extraño atrajeran al discreto Sancho, piden los dignos émulos que aun restan en España de este

personaje, los elementos, uno tras de otro, de su inevitable ruina, como hemos tenido ocasion de observar muchas veces.

En efecto, estas desdichas provienen del desconocimiento absoluto de la parte económica de la producción; de modo, que aun bajo el supuesto de que los métodos presentados para explotar una industria sean buenos y verdaderos, no ven las infortunadas víctimas de su propia ambición que en los negocios industriales no está ya la dificultad en el problema técnico de la fabricación, no y mil veces no; producir es facilísimo; el que no sabe aprende en seguida, y sino, busca y encuentra inmediatamente ingenieros, contra maestros y operarios para producir cuanto se le antoje; lo difícil, lo verdaderamente grave está en vender lo que se fabrica, y por esto han sucumbido muchas industrias en que al verificar las instalaciones, no estudiaron el problema económico de la producción.

Fijemos un ejemplo y supongamos que lo propuesto por el especulador es la fabricación de bebidas gaseosas, y desde luego empieza por hacer un libro voluminoso, recopilando recetas y llenos de grabados, cuyos *clichés* pide á fabricantes de aparatos extranjeros, con quienes se pone de acuerdo para el negocio; en seguida confecciona un magnífico prospecto preconizando las excelentes ventajas de las bebidas gaseosas, el aumento cada día mayor de su consumo, y cuanto hace el caso para entusiasmar á los ilusos, manifestando al pie que, enviando unas pocas pesetas, remite franco de porte un precioso libro en que se detalla la manera de producir millares de botellas de varias bebidas, dejando al fabricante una ganancia segura de 40 á 50 reales diarios; y por último anuncia como primer reclamo en los periódicos de gran circulación un portentoso negocio con el que, empleando poco capital y escaso trabajo, cualquiera se hace rico en seguida ó adquiere un buen vivir, terminando con el consabido «se envían gratis las instrucciones al que remita sellos al efecto.»

Así caen muchos, muchísimos inocentes, pues abundan por desgracia los que desean hacer negocio con poco dinero y escaso trabajo, empezando por pedir el prospecto gratis, y después es lógico que, estando decididos á buscar un medio de hacer fortuna, no se detengan por 8, 10

ó 12 pesetas que pueda costar el libro á lo sumo, y le pidan también en un buen número, hasta que por fin algunos reúnen dinero y encargan máquinas, aparatos y utensilios, verificando la instalación valiéndose del mismo conducto, que realiza en comisiones un segundo negocio de primer orden.

El flamante industrial empieza haciendo medianamente su nueva producción, y con un género malo á luchar contra los que antes surtían el mercado donde él quiere establecer su negocio, y es natural que la mayor parte de las veces la falta de capital en primer término, la enemiga de sus convecinos, la resistencia de la costumbre difícil de vencer siempre, y el no poseer las virtudes del trabajo, del ahorro y de las privaciones llevadas con paciencia, hagan zozobrar esas industrias malamente pensadas y que por sus tristes resultados tanto daño pueden hacer al desarrollo de nuestra naciente industria.

Así, pues, resumiendo, aconsejamos á nuestros lectores, cuando deseen hacerse industriales, que antes de nada se estudien á sí mismos, si sabrán subordinar su molición, sus gustos y sus pasiones al trabajo constante por el asunto á que quieren dedicar sus faenas, y después es preciso meditar mucho en las condiciones económicas del negocio y en los medios de vencer los obstáculos que se opongan á la venta de los nuevos géneros. Con esto, y limitando la producción á lo preciso bajo instalaciones modestas, es casi siempre seguro obtener buenos resultados.

GABRIEL GIRONI.

Sección Científico-Literaria

LA LIBERTAD HUMANA

LA ciencia, la razón, ni aun el buen sentido pueden desconocer ya, que la libertad en sus aplicaciones prácticas es el único sistema que ofrece la organización de las sociedades sobre bases naturales y lógicas que son en realidad tan sólidas como justas y provechosas.

Precisamente sucede esto, porque la libertad extendida hoy por el mundo, nació á impulsos del derecho, de él se ha alimentado, de él recibe la sancion de sus preceptos, observa sus máximas y ejecuta sus mandatos.

Sistema organizador es la libertad, y es, al mismo tiempo, la expresion de la misma naturaleza humana. Estas dos faces de la libertad tienen su representacion lógica é indispensable en una entidad superior que es el hombre.

Quien no sea capaz de darse cuenta de la importancia que tiene la defensa de las buenas ideas, tampoco comprenderá que al raciocinar profundamente sobre ciertos temas se entra de lleno en el mundo sensible por la preocupacion hácia los futuros destinos de la humanidad, y por el deseo de contribuir aunque no sea más que á la difusion del progreso en la vida.

No obstante la duda que abrigamos, seguiremos el camino que nos hemos propuesto, convencidos de que el idealismo de nuestras doctrinas desaparece, reflexionando sobre la facilidad de practicarlas.

La historia de la filosofía nos enseña que así como respecto á las verdades universales y eternas hay una incertidumbre que reside en las ideas mismas, así tambien en cuanto á las verdades sensibles é inteligibles, existe su evidencia patentizada por el conocimiento directo de la conciencia individual.

Las ideas sobre libertad, el hombre las presintió, y esto tuvo lugar, porque el corazon conoce lo que debe practicarse como ley de la vida humana, como regla moral de los actos y como hecho permanente para la realizacion del destino personal en el mundo.

En las sociedades antiguas, el hombre se sintió libre que equivalió á haber encontrado la fórmula de su dignidad, y un apoyo para conseguir todo progreso y bienestar para sí y sus semejantes, que formaban la colectividad social.

La libertad no pudo fácilmente cimentarse; ella de un lado y el despotismo ó absolutismo por otro, han luchado resueltamente por conseguir el imperio del mundo; y es que cualquiera de los dos extremos, por más que uno sea natural y artificial el otro, constituyen sistema para regir los destinos humanos.

¡Todavía esa lucha se mantiene en algunos pueblos de Europa! ¡Todavía no se

deja que el hombre ni las sociedades se desenvuelvan en el sentido de realizar sus aspiraciones hácia el bien, que es una de las manifestaciones esenciales de la libertad!

Obrar con armonía en la naturaleza racional es un derecho cuyo ejercicio no puede negarse. Si el hombre desarrolla su actividad y sus condiciones intelectuales en ese sentido, practicará el bien; si las sociedades en todos sus actos responden á la concordancia con la naturaleza humana, realizarán el Bien. ¡Solo entónces hombres y pueblos son libres, porque no es posible concebir la libertad sino como una fuerza moral, que aunque irresistible y potente, sostiene el equilibrio de las ideas, de las aspiraciones y de las tendencias para amalgamarlas y formar un todo homogéneo con identidad de fin hácia el bien y la felicidad!

En nuestra época se va generalizando el convencimiento de los derechos que pertenecen á cada esfera de la vida social y á la particular del individuo; por eso es necesario fijar bien las ideas para que las convicciones consigan mayor solidez, porque sería la perspectiva más desconsoladora dudar de que no han de cosecharse los inmensos beneficios que la libertad ofrece, por falta de preparacion para utilizarlos ó por no darles la grandiosa estimacion é importancia que tienen.

La libertad, nacida porque el derecho le dió vida, ha llegado á trasformarse en fuerza positiva, que sostiene al derecho mismo, para servir como parte muy esencial á los dignos y nobles fines del hombre y de la sociedad.

La libertad es elemento de cultura y de engrandecimiento. Ella encierra las condiciones propicias para normar los actos y la conducta del hombre en sus diversas relaciones mundanas.

La libertad representa el principio bien definido del órden público.

El fundamento de la libertad está en la razon y en la conciencia.

Ambos atributos, auxiliados por la reflexion, nos convencen de la necesidad que el hombre tiene de desenvolver sus facultades, su actividad y sus benévolas intenciones, para consolidar algo notable que en plazo más ó ménos remoto proporcione beneficios comunes.

Lo arbitrario debe desaparecer, allí donde impere la razon y la justicia. La colec-

tividad humana, por ser la expresión de un todo orgánico, debe contar con apoyo bastante en su composición misma para realizar el bien, para cumplir su destino en la vida social por medio del ejercicio de la libertad en cada uno de sus miembros, pues no es ciertamente la humanidad una agregación de individuos caracterizados por lo arbitrario, y sin designios definidos ó sin un fin determinado.

En las diversas esferas que pueden enumerarse como provenientes de los estados ó faces especiales de la vida humana, se encuentra la libertad como principio indivisible que es, con unidad de esencia, si bien con diversas formas de manifestación y con identidad de tendencias.

La libertad política es precisamente el punto central á donde convergen todas las demás. Es, á la vez, la base para el desenvolvimiento del hombre, en el seno de la Nación y relativamente con las administraciones públicas, provincial y municipal.

La libertad política responde aun á principios de derecho que no están á la altura de las nuevas doctrinas sociales, porque la inmediata participación en la gestión de los negocios de cualquiera país, debe ejercerse por todos sus habitantes, sin distinción de razas, y sin exclusiones por motivos de origen personal.

La humanidad es un todo que marcha á su unificación; sus tendencias é intereses son comunes y sus fines idénticos. También son del mismo carácter los medios disponibles para el desenvolvimiento de su modo de ser en las diversas esferas y manifestaciones de la vida de las sociedades, y en él empleó de su actividad para obtener el sentimiento de sus derechos, consolidando sus más sagradas y legítimas franquicias.

Por eso la libertad política, en cuanto á su ejercicio, debe estar limitada por la cantidad de hombres que se hallen establecidos en cualquiera territorio y no por el número de personas que nacieron en él, que deben gozar iguales derechos y libertades y cumplir análogos deberes que los que son de otra procedencia.

FRANCISCO DE LA FUENTE RUIZ.

HISTORIA

—Oye, Concha; ¿quién es ese jóven que á viento y marea se constituye en tu centinela de vista?... preguntaba yo en Noviembre de 1884 á una jóven de ojos y cabellos negros, nerviosa por demás, de esbelto talle y de agraciado rostro.

—Un tonto que me pretende, respondiome.

—¿Un tonto?

—Sí, chico: figúrate que á lo feo de su rostro y desgarbado de su porte, une el *importantísimo* título de licenciado en derecho; que está de oficial quinto en la Secretaría de Gobernación; que toda su herencia se reduce á deber mantener á su pobre madre y, en conclusión, que siempre se encuentra á 31 de mes, sin poder siquiera atender á los gastos de su casa, cuarto interior de la calle del Ave María. Con todos esos *pergaminos* se atreve á hacerme la córte. El pobre no se ha informado bien sin duda alguna de quién soy, y esto me hace suspender el adjetivo de ridículo que á lo tonto de su personalidad uniría de buena gana.

—Y quién te ha puesto al corriente?

—El cochero nuestro que lo conoce y, al saber que me pretendía, se lo ha dicho á Julia mi doncella.

—Pero ¿tú no has dado paso alguno para informarte de quién fuera?

—Te diré: al verle las primeras veces, te confieso que no me pareció tan horrible como ahora y me mantuve, sin desairarle, á conveniente altura en mi comportamiento. Hacia... lo que todas las mujeres cuando se ven solicitadas: algunas sonrisas á miraditas lanzadas como al descuido; salidas con cualquier pretexto al balcon y retiradas repentinas de él; en fin, cuanto le es permitido á una jóven de mi clase y educación, sin traspasar los límites de lo justo. Procuré, como es de suponer, averiguar quién y qué era y, al principio, solo pude averiguar por Julia que era un hombre honrado, trabajador, bueno, etc., etc., todas esas menudencias que forman el boceto de algunos hombres; pero cuando lo conocí á fondo, varié por completo de conducta y he procurado darle á entender que, si algo siento por él, es el desden más profundo.

—¡Bravo, jóven! Tu proceder me pa-

rece muy adecuado... á la moderna: estás en carácter.

—¿Me recriminas?

—Bah... tontita... Muy lejos de ello. Te digo que tu conducta puede citarse como el prototipo de la de todas las pollas de hoy día; que me has demostrado una vez más la verdad de aquel aforismo que dice: «quien siembra recoje,» pues de la buena educación que en el colegio recibiste, no podía esperarse otra cosa.

—Parece que hablas con cierta ironía, Manolo; pero yo no hago caso de lo malo que me dicen mis amigos de la infancia; únicamente oigo lo bueno.

Otro detalle para tu retrato y el de la mayoría de tus contemporáneas. Vosotras ya sabéis demasiado para escuchar lo que pudiera induciros á aprender.... Haces bien; si de otro modo obraras, serías la nota discordante del concierto social, pues apostaría que no hay una muchacha bonita, rica y elegante, es decir, de tus condiciones, que hablara de otro modo respecto á ese atrevido ó loco que intenta conquistar tu corazón.

A más, tú, por lo visto, eres la que priva entre los pollos... ¿Quiéres dártela de modesta conmigo?... No hagas dengues; lo que te digo es la verdad. Sino ahí están el joven capitán de artillería, barón del Cerro, que no te quita la vista de encima en el teatro, ni te deja en el paseo; el marqués de Ostán á quien no das punto de reposo y, sobre todo, el hijo del banquero más opulento de Madrid: Arturo de Monte-Luna. Ese sí que es digno de tí ¿eh?... Aunque sea bajito, delgado como un espárrago, jugadorcillo de los más fuertes del Veloz... ¿qué importa todo esto si, como su padre se complace en declarar, no abrió nunca un libro porque no necesita de nadie ni de nada para ser siempre el prohombre de la moda y el rey de la banca?

—Son algo duros tus tonos, chico; lo retratas exageradamente. Cierto que Arturo no es una gran figura; pero en cambio, su tipo tiene mucho de fino y sus modales bastante de aristocráticos. En todas las *soirées comuse il faut*, es el tema de las conversaciones: se admira lo rico y elegante de su traje, la sangre de sus caballos, lo deslumbrante de su tren y, aunque no tenga carrera, nadie se desdén en someter á su juicio cuestiones importantísimas. Ya sabes lo del cotillon.

—Por lo visto, Concha, no te es indiferente. Yo diseñé su retrato muy duro de color, tú, por el contrario, lo haces muy blando. Váyase lo uno por lo otro. Y... dime: supongo que ya...

—Sí: me ha dicho algo...

—¿Nada más?...

—Que soy divina, que encuentra en mí la realización de un sueño, que soy adorable...

—¿Y aun dices?...

—Pues claro: Si aun no...

—Pero el silencio es elocuente á veces.

—Justo; por eso yo que he comprendido su amor, soy ya su novia.

—¿Desde cuándo?

—Desde anoche que nos vimos en Price; estuvo un buen rato en nuestro palco y me ofreció unos dulces y unas camelias. Mira: esta que llevo en el pecho es suya. ¿Qué te parece?

—Muy bonita; pero inodora.

—Como todas las camelias.

—Cierto; pero no como todas las flores.

—¿Qué quieres decir?

—Muy sencillo: que quien te ha dado esa flor no es capaz de darte otra.

—¿Y cuál es esa otra?

—La flor de la felicidad conyugal.

—¿Cómo! ¿Crees que me dé mala vida?

—Vas muy lejos.

—Pues ¿á qué viene ese misterio?

—A que... como ahora no se llevan lazos sino corbatas *plaston*, y Arturo pone la moda, claro que no es partidario de los lazos.

—No te entiendo.

—Ni me extraña; antes me has dicho que no oías más que lo bueno, y esto dista mucho de serlo para tí. No seas tontita y déjate de castillos en el aire.

—Pero ¿qué dices! ¿Crees que Arturo me dejará por otra y no será mi esposo?

—Creo que el tiempo, con las arrugas de la piel te profundizará las del cerebro y, cuando te mires al espejo, al hacerte la *toilette*, será muy tarde para evitar lo entonces imposible. No te dé pena que dentro de algunos años, si así continuas, se fije en tí ni aun ese mismo que hoy desprecias, el *empleadillo* de Gobernación como le llamas.

—Me haces reír: hablas como un dómine y hasta parece que en favor del oficinista.

—No tengo el gusto de conocerle; pero si algun día soy su amigo—cosa que me

complacerá en extremo, pues me basta saber que es honrado y trabajador—le aconsejaré que te olvide.

* * *

En el Real que está animadísimo, toca á su fin el primer acto de *La Favorita*. En el palco de *la viuda del general*, nombre con que se designa entre la *high life* á la madre de Concha, acaban de entrar sus abonadas cuya primera operacion, segun costumbre tradicional, se reduce á enristrar los gemelos á todos los espectadores. Yo que me encuentro en mi butaca atento exclusivamente á las notas que dá Massini, no he advertido la presencia de Concha en el teatro hasta que el aviso de *Il re* avisa á Leonor y Fernando la proximidad de D. Alfonso y, al público, que ha terminado el segundo cuadro.

Entonces me dedico á pasar revista á los concurrentes y, al ver á Concha y á su madre, subo á visitarlas.

—Felices noches, señora; ¿cómo vá, Conchita? digo, al entrar, oprimiendo á un tiempo las manos de las dos.

—Nosotras siempre lo mismo, contesta D.^a Luisa, y usted, por lo que veo, constantemente invariable, siempre contento.

—Convengo en ello, señora; mucho más hallándome al lado de una dama tan respetable como usted y de una jóven tan bellísima como tú, añado dirigiéndome á Concha.

—¿Me haces la córte?... pregunta ésta.

—¡Libreme Dios!! Te digo la verdad.

Diciendo yò esto, entra en el palco sombrero en mano, un senador amigo de doña Luisa y, segun malas lenguas, algo más: su íntimo.

—Servidor de ustedes, señoras; beso á usted la mano, caballero. ¿Qué tal?... ¿Qué tal? y fué saludando sucesivamente á doña Luisa, á Concha y á mí.

—Desde luego, continuó alegremente, Massini siempre el mismo. ¿Han oido ustedes el *Uno vergine, un angelo?*... En mi concepto ha estado incomparable.

—Muy bien lo ha hecho, apoyé.

—Nosotras, repuso D.^a Luisa, no hemos llegado hasta el último tercio del segundo cuadro; pero no me duele: cuando una ha oido tanto bueno, ¿qué supone no haber escuchado á Massini en ese período tan brillante segun ustedes?

—Pero, en cambio, mamá, yo que no he visto tantas cosas como tú, me con-

duelo de ello. Parece que tenia el presentimiento de que esta noche se habia de cantar bien el primer acto.

—Sí, efectivamente; por eso todo eran prisas.

—¿Y por nada más? preguntó el rozagante senador.

—¿Qué cosas tiene usted, señor de Fuentajo!... Por nada más, contestó Conchita con esa media-lengua de las muchachas aparentemente ruborosas.

—Y yo que me habia atrevido á suponer que mediaba en el asunto un personaje profano al arte! Pido por ello mil perdones. Como Arturo es tan peligroso, temí que fuese causa de...

La niña hace por ponerse colorada y su madre responde negligentemente:

—¡Bah! Por ahí andan revueltos; dejémoslos correr; relaciones como estas no pueden mejorar... Al ménos—no sé si me cegará el amor de madre—creo que Arturo ha llegado al *máximum* del acierto con su eleccion.

—Juzga usted imparcialmente, señora, dice el senador. Pero, hablando de otra cosa, ¿sabe usted que van á discutirse los presupuestos de Cuba?...

M. Simeno Laplace.

(CONTINUARÁ.)

SOBRE AMOR ⁽¹⁾

Respuestas, declaraciones
Y..... mil perdones.

Para curar, preguntas, á un enfermo
De amor ¿qué le daría?
La misma dosis del amor aquel
Que causa su agonía.
Cosa es probada
Que si le aplicas
De fijo sana.

Si con fuego de amor el pecho inflamas
Muy pronto lo sabrán todas las gentes:
¿Defines el amor?... Pues tú no amas;
¿No lo sabes pintar?... Pues tú lo sientes.

AL LECTOR:

Si no hallas estos versos perfectos ni ar-
(moniosos)

(1) Esta composicion pertenece á una coleccion de poesías que, con el título «Sin órden ni concierto,» está terminando el autor.

Dispensa una y mil veces mi poca habilidad,
Descuido de la forma, preceptos enojosos
En gracia al pensamiento y en gracia á la
(verdad.

M. Simeno Laplace.

¡ADIÓS!

Adios, palabra cruel, fatal sonido,
invencion de Luzbel en su caída,
presagio del dolor en esta vida,
inagotable fuente del pesar.
Tú eres de la amistad feroz verdugo:
suspira al recordarte el caminante:
si llega á pronunciarte algun amante
eternamente le vereis llorar.

Sueños de amor se extinguen á tus ecos,
sueños de gloria tu sonido espanta:
tú haces llorar al hombre cuando canta,
y cuando llora le haces maldecir:
tú, su enemigo cruel, infatigable.
hallas placer oyendo sus gemidos:
tú cuentas uno á uno sus quejidos,
implacable mirándole sufrir.

Ni el dolor de la madre has respetado,
pues cuando vé partir su hijo querido,
adios, dice llorando, y sonreido
tu infernal rostro se presenta allí.
Siempre insaciable en tu ambicion de lá-
(grimas,
retrato fiel del maldecido infierno,
en su justa venganza el Sér Eterno
maldijo al mundo y concibióte á tí.

Si en este mundo de mentiras hecho,
oh palabra cruel, fueras mentira.
el mundo entero que por tí suspira,
alegre entonces le verias reir.
Pero tú eres verdad, ¿quién no ha probado
el cáliz en que criaste la amargura?
Sin tí ignorara el hombre la tristura,
y sin tí no supiera qué es morir.

JUAN MUÑOZ TÉBAR.

EL INVENTOR DE LA PÓLVORA

Vivia en cierta época en el convento de
Friburgo (Alemania) un hombre austero

y sombrío, que se preocupaba y preocu-
paba más de los problemas de alquimia y
del hallazgo de la piedra filosofal, que de
sus deberes monásticos.

En su celda, más que libros de oracio-
nes veíanse retortas y alambiques, y era
designado por sus cofrades con el nombre
de arca de Satan.

El fraile se llamaba Bertholdt Schwartz,
y en verdad, no era muy cristiano. Fué,
sin embargo, un gran químico, y el in-
ventor de la pólvora.

Hé aquí cómo refiere una crónica ale-
mana tan trascendental descubrimiento:

«Schwartz, dedicado solamente á su
alquimia, recibia frecuentemente amones-
taciones de su prior. Un día se dirigió á
la celda de éste y le dijo:

Vengo á pedir dos cosas: primero,
mi libertad, segundo, mi secularizacion.

¿Cómo—esclamó el prior—vuestra li-
bertad! ¿Está en mi poder dárosela? Vues-
tra secularizacion, ¿ignorais que solo el
Papa puede concedérosela?

Schwartz entonces, con orgullo le dice:
yo no puedo estar por más tiempo sepa-
rado del mundo: mi vocacion me lo or-
dena y es necesario que vuelva á él. ¿Me
concedeis mi peticion, ó no?

—No puedo, respondió el prior.

—No podeis, añadió con ira: luego ir-
guiéndose, yo os probaré, dijo, que no
soy un ingrato. Si me dejais partir, no
tardaré en volver y entregaros todo el di-
nero que se necesita para restaurar la par-
te de nuestro convento convertida en
ruinas.

Obligado á rendirse bajo la violencia de
aquel hombre, el viejo repuso:

—Os concedo la primera peticion, pero
no puedo concederos la segunda.

—Pues bien: pues que os obstináis,
temblad, imprudente: yo puedo, si me
empeño, hacer ruinas en un instante la
ciudad entera de Friburgo; y al decir esto,
sacó de las holgadas mangas de su hábito
un pequeño paquete que arrojó á un bra-
sero y que produjo una horrible detona-
cion, á cuyo estruendo cayeron rotos to-
dos los vidrios de la celda, temblaron los
muros y una nube de espeso humo se ex-
tendió en derredor.

El prior, tomando entre sus manos una
cruz, cayó de rodillas á los piés de
Schwartz, diciéndole:

—Partid, sí, idos, Bertholdt, que no es

para vos ciertamente el convento y la reclusion.

¡Que Dios os proteja!

El monje, mientras tanto, desapareció entre aquella nube de humo y huyó del convento para siempre.»

Esto sucedía en el año 1340.

Schwartz marchó á Italia, en cuya ocasion guerreaban venecianos contra genoveses, y ofreció al Consejo de los Diez su horrible receta.

—Mezclad azufre, carbon y nitro, agitada de tal ó cual manera esta sustancia, y tendreis como resultante un cuerpo igual en efecto al rayo.

Las consecuencias del descubrimiento no tardaron en mostrarse. Un griego, Perdicesar, hizo luego construir largos tubos de hierro, que llamó culebrinas, é introdujo en ellos pólvora mezclada con pedazos de plomo y estaño; y así nació la artillería en 1344.

Los genoveses, aunque más superiores á los esclavones y á las tropas mercenarias de Venecia, fueron, sin embargo, vencidos, y aceptaron un tratado de paz más vergonzoso aun que una derrota.

En la batalla de Crecy, donde perdieron los franceses más de 30,000 hombres, los ingleses se sirvieron por primera vez de bombardas y cañones (1315).

Poco despues, Schwartz marchó á la isla de Coundia, y despues á otras islas de Grecia, en una de las cuales desapareció para siempre, sin saberse cómo, aunque se supone que víctima de algun ensayo químico.

Por último, en 1383 los franciscanos de Friburgo recibieron la suma de 30,000 ducados para reformar su iglesia y convento. Este regalo se hacia por un desconocido, que probablemente era el cumplimiento de la promesa hecha al prior por Bertholdt Schwartz, el inventor de la pólvora.

(El Independiente.)

LA DOMA POR MEDIO DE LA ELECTRICIDAD

El hombre civilizado é instruido, á la par que tiende á su bienestar y comodidad, procura de igual modo hacer más agradable la existencia de los seres que le rodean, sin excluir á los animales, en quienes, por

lo mismo que vé unos poderosos auxiliares para su engrandecimiento, trata de rodearlos de todas aquellas comodidades posibles, proscribiendo siempre los malos tratamientos, impropios de quien abriga un corazon noble y generoso.

Hace ya tiempo que se busca un medio de someter á la voluntad del hombre, sin recurrir á procedimientos violentos, á aquellos animales indómitos y de fiero carácter que resisten someterse á nuestro dominio.

La gloria de haber realizado esta conquista corresponde á los señores Defoy y Moreau, quienes han ideado un sencillísimo aparato, mediante el cual, el animal más rebelde, ya sea caballo, mula ó buey, instantáneamente depone todo acto de hostilidad, y se deja manejar con igual docilidad que un cordero, sin sufrir ninguna sensacion dolorosa ni perder en lo más mínimo su habitual energía.

El secreto consiste en hacer que el animal cuya sumision descemos experimente, en el momento de realizar el menor acto de indocilidad, la pasajera sensacion de una débil corriente eléctrica en la lengua, cosa que fácil y económicamente se consigue haciendo que los hilos conductores procedentes de un generador eléctrico cualquiera terminen en la lengua, sujetándolos á lo largo del bocado ó filete. Como, segun hemos dicho, no necesita ser muy enérgica la corriente, los inventores de este procedimiento instantáneo de doma, se valen de una máquina Clarke, por ser fácilmente trasportable á causa de su poco peso y reducido volúmen.

El animal objeto de este tratamiento, del que no debe hacerse uso sino en los momentos en que demuestra su rebeldía, no sufre ningun daño ni pérdida de fuerzas, sino una especie de sorpresa ó estupefacción que le induce á la obediencia, sin demostrar temor ni sobresalto.

Las experiencias primeras se hicieron en siete caballos elegidos por su fiereza é indocilidad entre 12,000, dando siempre buenos resultados, pues sin oponer resistencia, segun acostumbraban, se dejaron conducir, herrar ó montar con la mayor docilidad.

ZIÑUM.